

VIGENCIA DEL LIBERTADOR

Por **CARLOS BETANCUR ARIAS**

(Conferencia leída por su autor en la Universidad de Caldas).

No podría, señores, en manera alguna ocultar mi timidez en esta ocasión; un día de esta misma semana, fui sorprendido con la llamada del muy digno Rector de estos claustros, para hacerme la gentil invitación de ocupar esta cátedra. Mi sorpresa fue manifiesta y así lo expresé con toda sinceridad al señor Rector, pero al final hube de aceptar presionado por dos razones poderosas: la primera, porque para mí la invitación a ocupar esta cátedra de cultura auténtica, significa un altísimo honor; y la segunda, porque entendía que se trataba de un homenaje bolivariano.

Podría hoy agregar a éstas, otras razones que están exultando en mi corazón: en esta tierra entreví, con ojos atónitos, las manifestaciones primordiales de la cultura; en esta misma ciudad oí de labios bien conocidos, las primeras ideas profundas que invitaban con amargos dejes; nombres ilustres en la historia de esta ciudad, se cosieron a mi corazón y sembraron en él su recuerdo, con gratitud indeficiente.

Por este mismo paisaje que rodea de luces y de alturas la Universidad, anduvieron atónitos mis ojos juveniles; en él aprendí el amor a la constante superación sin desaliento. En el lomo de esta cordillera andina conocí que hay en nuestro espíritu una permanente invitación a ascender, y también que es imposible la integral culminación de nuestra esperanza. En la cotidiana contemplación de la blanca altura del Ruiz descubrí que no puede darse altura alguna que no sea limpia y que en todo lo que carece de blancura no puede jamás buscarse la elevación.

Aquí asistí a la más noble realización de la cultura nacional; se dijo entonces, en toda la República, que el meridiano intelectual de Colombia pasaba por Manizales: hubo aquí una generación de poetas y periodistas, prosadores insignes y gramáticos, políticos de alto vuelo y oradores que llenaron de figuras retóricas la historia de la literatura de una época; existe hoy en este mismo ambiente una generación

que remoja las antiguas progenies, y que traduce a este medio y a esta época las inquietudes de la pasada. Aquí se ha dado el fenómeno literario, escaso en todas las otras provincias de las letras nacionales, de querer y poder expresar el pensamiento, no en la simple forma de la claridad lógica, sino en la altísima dicción de la belleza poética; de darle a la solución de los problemas de la vida nacional, desde las propias columnas de un periódico, no sólo la claridad que enseña, sino la belleza que deleita y extasia.

Desde antiguo esta raza hizo de la ciudad, en todas sus manifestaciones, una auténtica universidad: afirmó, en los sillares de su fundación, la fe en Dios y esas raíces teológicas nutrieron de esperanzas el tronco de su vida: ante el reclamo de las llamas voraces rindió el tributo de un bello templo de maderas odoríferas, que nuestros abuelos cortaron con sus propias manos en la selva familiar. Esa fue una dura lección que la ciudad aprendió de memoria, con tanta vivacidad y tanto aliento, que ninguno de sus habitantes la ha dejado esfumar de su recuerdo.

Más tarde, muy poco más tarde, un Prelado que amó esta ciudad y que vigiló su destino hasta el límite del último horizonte de su existencia —yo soy testigo— reunió a su grey en la Plaza de Bolívar, sobre las cenizas aún humeantes, y la excitó a un acto de superación racial, de aliento nuevo en el discurso de sus hazañas: el 19 de marzo de 1928, colocó en los cimientos del altar mayor de la bellísima catedral de ahora, una piedra que sustentara toda esa edificación; y sembró también en el corazón de estas gentes, con cálidas palabras, la propia realidad de esa arquitectura; todavía parece que flota en el ambiente de esta ciudad el eco de sus palabras: hagamos una catedral que sea el trasunto de nuestra fe: tan firme que no la conmueva la ronca y trepidante respiración de la cordillera; tan esbelta y alta que parezca constantemente ascendiendo; tan llena de luz que podamos sentir dentro de su albergue la claridad de la presencia de Dios, como si estuviéramos debajo de la azul comba de los cielos; de estilo tan depurado y místico que sus arcos y capiteles y torres nos inviten constantemente a recorrer la parábola de la superación, en busca de nuestra espiritual tranquilidad ulterior.

Y así fue: varones esforzados recogieron esa lección y la guardaron dentro de su alma para darle realidad histórica. Y ahí está la catedral. Su arquitectura preside toda la geografía comarcana; sus agujas se levantan en constante oración por todos los que contribuyeron a elevarlas; sus ventanales son voces clamorosas de la luz que llena sus naves; sus campanas convidan a la diaria congregación de voluntades con un fin primordial y último.

Esta catedral se ha convertido en símbolo de la raza: cuando los investigadores de cualquier orden quieren referirse a esta ciudad, asoman a sus paisajes la imagen de su basílica; cuando el sociólogo se refiere a la pujanza de este pueblo, señala este templo como una de las más grandes realizaciones de los últimos tiempos; cuando el estadista quiere encontrar la causa íntima de la generosa voluntad patriótica de los manizalitas, ve en esa arquitectura su razón primordial; encuentra

que esa mole de acero y de cemento realiza toda una modalidad psicológica y sociológica, una dinámica de superación constante.

Quizá por eso, señores, cuando en otras latitudes colombianas se habló un día de la Universidad de Caldas, y se dijo que era ella una de las más connotadas realizaciones culturales de la patria, a nadie le pareció extraño: una raza que había sido capaz de elevar en su medio, en un relativo corto lapso, semejante obra que se sobrepone a todas las esperanzas de los hombres de 1928, podía también fundar esta otra que es templo y altar: la Universidad significa para Caldas la concreción de las esperanzas culturales de muchas generaciones, convertida en realidad por la de ahora.

A ello contribuye, por manera poderosa, el medio que es propicio para esta clase de disciplinas. Aquí el propio ambiente invita a la meditación sobre las verdades sustanciales de la vida; aquí la verdad que es, según la definición de Santo Tomás, la conformación de la mente con los entes, tiene un climax propicio; aquí el paisaje, la tradición, el ejemplo de los mayores, la altísima dotación científica del profesorado, el afán por las disciplinas del espíritu con preponderancia sobre los prosaicos afanes de la materia, todo es un incentivo para la cultura y para el logro de sus más amplias y mejores realizaciones.

De ahí que cuando el señor Rector de esta Universidad se sirvió hacerme la invitación a ocupar esta cátedra, sintiera la natural timidez de quien conoce a fondo este medio, de quien sabe quiénes son sus hombres, de quien ha meditado muchas veces sobre las grandes posibilidades y realizaciones de esta raza, de quien ha tenido siempre cosido el corazón al escudo comarcano, pero sabe cuán inferior es su capacidad para semejante encomienda; pero aquí estoy, señores: me siento como quien ha regresado a su antigua casona familiar después de prolongada ausencia; sé que tengo derecho a sentarme a la mesa de este hogar, pues conozco sus retratos familiares y me se de memoria los nombres de todos los abuelos antañones.

Reconocido así entre vosotros, quiero dialogar en esta mañana, ya que así he recibido la orden de hacerlo, sobre un tema bolivariano.

Para un colombiano que ha tenido relaciones con la cultura, para quien se ha sentado en los bancos del colegio a oír las disertaciones de los maestros, y ha pasado por la Universidad en busca de la verdad; para quien ha tenido ya la honra de sentarse a diario, en una larga vida profesional, en la cátedra para exponer sus ideas, este no es un sacrificio: es uno de los más logrados gustos que pueda tener, y éste se depura y se decanta, si se tiene en cuenta el exquisito auditorio universitario que lo asiste; el ambiente de preocupación intelectual que aquí se respira; la cordial acogida a quien viene armado de excelente voluntad y trae un mensaje que en realidad nada significa en cuanto al contenido, por su falta de novedad, pero que es juvenil y constantemente remozado por la ambición del acierto.

El nombre de Bolívar tiene para nosotros un raro sortilegio: él encarna la gloria de nuestra epopeya de emancipación; encierra un contenido humano de carácter sustancial; realiza el prototipo de la misma heroicidad; sublima la gloria y sigue siendo punto que concentra para nuestra vida pública las esperanzas nacionales: a Bolívar se le rinden palmas en el día de la conmemoración de la victoria; los escritores, prosadores y filósofos y sociólogos han estudiado su personalidad, hasta el punto de agotar el léxico en su alabanza; todos los pasos de su vida de guerrero son un ejemplo de actos heroicos; así ha cargado sobre sus hombros los laureles conjugados que la historia podía haber tejido para toda una generación; en todas las épocas y ahora mismo, estamos clamando porque se realicen sus ideas, como si él fuera, como en realidad lo es, el numen tutelar de nuestra nacionalidad histórica.

Bolívar ocupa el primer lugar en el corazón de todos los colombianos. Es cierto que en la historia se determinan afectos y aversiones: desde que iniciamos su conocimiento, encontramos en ella la tierra en la cual se hunden las raíces afectivas de toda nuestra vida. Pero hay figuras que sobresalen en ella, nombres que ocupan por modo singular las páginas queridas, hasta el punto de que es universal el mismo sentimiento.

Electrizados por la personalidad multiforme de Bolívar los hombres de su tiempo corrieron tras sus pasos, con incansable afán de lograr los propósitos que no conocían, pero que adivinaban en el propio pensamiento del héroe. Más tarde atrajo a sí las multitudes de medio continente; después se embriagó de vino y de amor en los más connotados salones de la aristocracia americana. Enfrentó la decepción con ánimo resuelto, amargado pero jamás vencido. Sus ideas constitucionales y políticas fueron tergiversadas por quienes tenían en su ánimo fines preconcebidos y estaban agitados por el demonio de los celos por su gloria.

Pero, por raras paradojas históricas, concurrieron así a elevar más, si ello era posible, el pedestal en donde se levantaría en medio de la historia, con presencia moral, no propiamente para los años sino para los siglos; las voces destempladas de la sorda profecía sobre su destino, han sido las inarmónicas notas del concierto, que confluyen al final a conjugar la sinfonía.

Las tufas de oro de todos los tiempos, desde entonces hasta nosotros y las que han de sonar, seguirán diciendo, en su alabanza, las palabras mejores del diccionario, y formarán siempre parte del epinicio universal sobre su nombre y sobre su obra.

Todos los momentos de su vida fueron determinados por el genio: joven apenas, el amor quiso embrujarlo y tuvo ambición de prolongarse en el tiempo y en el espacio en la persona física de sus hijos; cuando ya viudo no vió cumplidos sus iniciales propósitos, emprendió vida sin norte por las tierras del viejo continente; y allá entrevió, observando con detenida meditación la ciudad de los césares, la claridad de su destino: buscó principio a la libertad en la historia romana, y encontró que no había sido aún lograda: la libertad, que como categoría humana ocupa el principio mismo de nuestros actos, se había fugado del ambiente de los hombres, y él estaba avocado a su búsqueda

en las tierras americanas; América era un continente nuevo y podía ser sometido a la gravísima experiencia de la libertad; quizás en ella se encuentran latentes las fuerzas que el mundo, en su locura, no había podido encontrar ni en la tremenda noche política de la revolución francesa, ni en todas las atrocidades determinadas por las ambiciones de los propios césares romanos.

La libertad es categoría de orden puramente moral, referente exclusivamente a la persona, y no simplemente una categoría social: porque la libertad si se entiende como la capacidad de poder obrar entre los hombres de acuerdo con las personales determinaciones, y no como la capacidad de escoger entre dos o más bienes, la facultad de obrar el bien, no llena los postulados immanentes del orden moral. La libertad es una categoría personal, que se configura en el interior del hombre. El hombre no será libre si no tiene la cabal concepción de su destino humano, en cumplimiento de las determinaciones providenciales sobre su vida; el libre albedrío no consiste así en poderse determinar el hombre hacia cualquiera de las concupiscentes llamadas de la materia, sino en tener la capacidad de orientar sus pasos hacia el bien, que es lo que todos los entes apetecen y llaman, en frase ontológica.

Por este modo la libertad se encadena con el bien y con la verdad; el bien y la verdad pueden así entenderse como el alma de la propia libertad, y la libertad como la expresión del bien y la verdad, considerados estos atributos como trascendentales, en la misma forma y manera que entendemos que la justicia es el alma del derecho y el derecho a su vez es la expresión de la justicia.

América, en esa época, sometida a extranjera dominación, sintió en sus entrañas suave conmoción de alumbramiento feliz: América sintió entonces la proximidad de su primera y genial maternidad: América podía entonces tener el nombre de una de sus mujeres, fuerte como sus cordilleras, eternamente iluminada como su trópico y felizmente fecunda como su suelo: fecunda en frutos de la tierra, entrañas cargadas de minerales preciosos; entrañas grávidas de sumos nutricios para hacer que la fertilidad rindiera, como rinde, el ciento por uno; fecunda en frutos del espíritu: en casi todas las ciudades que aquí se fundaron nacieron universidades que podían entonces competir con la orgullosa y respetable Salamanca; en ellas se formó el pensamiento que iría a ser móvil, dinámica y forma sustancial de la independencia: en ellas se formaron los hombres mejores de entonces: Nariño, Zea, Torres, Sucre, los Cabal, los Ordoñez, Caldas, Espejo, Saldívar, San Martín: Todos ellos fueron hijos de las concepciones teológicas de la existencia, que tuvieron amplio cauce en esas aulas. América, así nutrida y así formada; fecundada de semejante manera por su propia fertilidad, se hizo madre y nació Bolívar, su genio: el genio no tiene apellido: Bolívar es nombre, es concepción, es faro, es estrella, Bolívar, simplemente, evoca la concepción americana en sus formas primigenias y significa para el mundo una categoría histórica, moral, literaria, poética, política, económica, constitucional, táctica y guerrera. Es al mismo tiempo voz solemne del profesor que adoctrina, clarín que invita a la batalla y a la consiguiente victoria, ley que impone mandatos y espada que fulmina los rayos de la paz en las vías de la guerra.

El genio no tiene, por consiguiente, acepción específica: es genio, es pontífice en la vida de los hombres que se impone en su dominio histórico, más aún, cuando sus restos mortales han sido ya devueltos a la tierra, que cuando progresa sus pasos por ella, acariciándola o maltratándola. El genio es multiforme: cuando Homero quiere decir cual es la condición del carácter de Odiseo, empieza sus cantos con aquel carmen de dignidad incomparable, que enmarca ya toda la personalidad del héroe: "cuéntame, oh musa, las hazañas infinitas de aquel varón de multiforme ingenio"; la palabra que usa es "politropon", que quiere decir "muchos hombres", en una libre traducción de ahora. Bolívar puede ser llamado con ese epíteto: "politropon", muchos hombres en uno; por donde quiera que la historia analice su personalidad, encontrará siempre un hombre nuevo y distinto: un hombre para empuñar el cetro de cada era con toda propiedad y con excluyente dominio: un día se hizo guerrero y tuvo descalabros; apareció después en las playas de Cartagena y dio su primera clarinada para congregarse a los hombres, no sólo de la Nueva Granada, sino de América toda, con el fin de hacer la victoria de la libertad; se le encarga una misión inicial, bajo las órdenes de un general extranjero, y sobrepasa los mandatos militares, faltando así, gravemente a sus deberes: era lógico en él; si no hubiera sido así, desconoceríamos hoy el genio: hombre nacido para empuñar el cetro del mando, no podía someterse: así lo vio Camilo Torres cuando lo absolvió a nombre del Congreso Granadino, de todas sus culpas y "puso en sus manos nuevamente el rayo de la guerra".

Su nombre despertó entre los estudiantes de Bogotá el ansia de emprender la gran cruzada, y fueron a buscarlo a Cúcuta para lidiar bajo sus banderas gloriosas o morir a su cobijo. Los desgraciados sucesos de la campaña del sur precipitados por la traición a Nariño, fueron parte para que se escribiera en la historia la página de los mártires que sufrieron por la patria bajo las manos del verdugo de Murillo o de sus ignorantes lugartenientes: visto esto, Bolívar que ya había escrito la Carta de Jamaica (manifestación genial de su visión universal de estos problemas de la libertad) organiza el ejército finalmente victorioso y clava la bandera de la libertad en las más altas cimas de la cordillera de los Andes, en acto eternamente consagratorio.

Si miramos el sociólogo, encontramos en su Carta de Jamaica un análisis de la situación de América, análisis que aún en nuestro tiempo es integralmente exacto. Las palabras de un genio no pasan ni desmerecen con el tránsito del tiempo, sino que adquieren nueva vigencia y eterna actualidad.

El constitucionalista se muestra en su Carta de Bolivia; carta discutible ahora, pero que aún tiene en sus puntos sustanciales el antídoto de muchos de los males de una administración pública desviada.

Alguien dijo, mirando otro aspecto de su multiforme personalidad, que si Bolívar se hubiera dedicado al ejercicio de las letras, como se dedicó al de las armas, hubiera sobresalido tanto en ellas como en éstas. Frase quizá hiperbólica, pero que denota hasta dónde alcanzaban las luces de su genial iluminación.

Sea de ese análisis de la personalidad de Bolívar lo que fuere, que de cada aspecto se ha ocupado la historia y los hombres mejo-

res de América han agotado en su panegírico ya toda alabanza, lo cierto es que Bolívar es el genio de la libertad.

La libertad tiene, como categoría de orden moral, vigencia universal y no está sometida a límites ni en el espacio ni en el tiempo. Para que la libertad signifique para la humanidad lo que su eterno esplendor recata, no podría tolerarse que hubiera en el mundo universo un solo hombre que no pudiera gozar de ella. Habría eterna desazón y zozobra constante en la sustancia de esta categoría, como si se dijera ebullición de sus electrones y protones, si no fuera integral su imperio. No es celosa la libertad porque no tiene par; no es excluyente por la misma razón; la libertad es plena en el alma de los hombres. La libertad nace en el interior de los espíritus y allí se configura con la presencia de Dios.

Los hombres queremos enteneder que la libertad es una mera manifestación social: queremos que nos dejen obrar a nuestro talante en el concurso de los hombres, sin acordarnos que ello no es libertad sino libertinaje y que con actos desordenados en la sociedad estamos dando muerte a esa misma libertad que invocamos y que nos es tan cara.

En la cinta que enlaza los destinos del escudo nacional de nuestra patria se leen estas dos palabras: **libertad y orden**. Y casi que es una conduplicación: la libertad sin el orden es libertinaje, y es desorden de la naturaleza el que la informa: el orden, que es la disposición mediante la cual cada ente cumple su destino, es virtud moderadora de la convivencia, pero es también virtud, en principio, moderadora de la persona: el orden se impone en el interior de los hombres, para que cada una de sus facultades tenga la disposición mediante la cual cumpla su destino; en esta forma el orden dispone en el hombre el ambiente de la libertad. En la sociedad civil, el orden es la virtud que modera la actividad de cada uno de los asociados para que se cumplan los destinos colectivos, con beneficio no sólo ya para la sociedad, sino para el propio individuo, conforme a norma elemental y clara de la sociología.

La libertad que Bolívar entrevió en sus sueños proféticos del Aventino, tenía por alma el orden en el individuo y el orden en la sociedad.

Bien claro es que se encuentra en esta doctrina de la libertad la razón inicial del propio panamericanismo. La egoísta concepción del estado tiene la misma esencial significación que la concepción individualista en la formación de los bloques autócratas o regímenes totalitarios. La doctrina que cree en la cooperación universal para el cumplimiento de los fines humanos, tiene principios espiritualistas que fundan su misma estabilidad: en el fondo y principio primero, estas razones fundamentan el derecho de gentes que regula las relaciones de los estados en todos los órdenes. Si en la vida de los hombres, el principio evangélico que obliga la caridad que es base del amor al prójimo, es el más humano y noble, la mayor concepción de la dignidad de la persona humana, en las relaciones de los estados no podría pensarse en forma diferente, ya que son los núcleos que representan en el conjunto de la humanidad entera a la propia persona, conociendo y establecien-

do relaciones con los hijos de las diversas latitudes de la tierra, para subvenir a sus necesidades o para servirse de su cooperación.

Cuando Bolívar concibió la libertad, sintió que sus entrañas exultaban en la expectativa de un glorioso alumbramiento que cubría el destino de toda la América. Así fue cómo, habiendo nacido en Caracas, sirvió después los destinos de la Nueva Granada y encontró aquí los medios para ir a libertar a su patria natal; con soldados de Venezuela y de la Nueva Granada acometió la campaña del sur, y agregó a sus huestes la cooperación de los hombres de la capitania de Quito y, en varias ocasiones, los del Virreinato de Lima; hizo un ejército internacional, con unidad americana, para que la victoria no tuviera fronteras ni fuera limitada su hazaña por los intereses meramente regionales.

Bolívar tuvo por patria la América: si nació en una ciudad de nobles abolengos históricos y recibió en ella su primera formación, es cierto también que en la Nueva Granada, sin determinación de ciudad, recibió la cooperación sustancial para la campaña de la final liberación; su pensamiento fue entonces, (y no sabe uno si encontrar la razón de ello en el afán de ser colombiano o neogranadino específicamente por razones afectivas, o en la concepción universal de la libertad) el de hacer de estos pueblos que pertenecían a circunscripciones diferentes, una sola nación: cuando nació la Gran Colombia, se colmó en parte su corazón y sus deseos tuvieron el inicial cumplimiento: Bolívar fue entonces gran colombiano.

Cuando Mr. James Monroe, presidente de los Estados Unidos, dirigió al Congreso de Whashington el mensaje especial del 8 de marzo de 1822, propuso en él el reconocimiento, como estados independientes, de las repúblicas constituídas en el territorio de las antiguas colonias españolas; pidió además los fondos necesarios para dar pleno efecto a ese reconocimiento, con el envío de agentes diplomáticos a las nuevas repúblicas; señaló también el testimonio de profunda simpatía que la opinión pública y el gobierno de los Estados Unidos había dado entonces a las colonias españolas en el tiempo de la larga lucha por la independencia. Monroe insistió sobre el hecho de que no era posible pensar en aplazar este reconocimiento de esas jóvenes repúblicas, como estados independientes y soberanos, ya que habían asombrado al mundo entero por su coraje y por su amor a la libertad, en una larga lucha de más de doce años.

Más tarde, firmó el famoso mensaje del 2 de diciembre de 1823, en el que formula los principios de lo que se ha llamado desde entonces la doctrina Monroe, que puede ser resumida en los puntos siguientes: 1º Los estados del Nuevo Mundo que se han declarado independientes, tienen ya un derecho adquirido a esa independencia; 2º El continente americano no es susceptible de nueva colonización o de nueva ocupación por parte de poderes europeos; 3º No se aceptará la intervención de Europa en los negocios americanos, y los Estados Unidos no intervendrán en la política puramente europea; 4º Se deben reconocer a las repúblicas americanas su gobierno de hecho, como legítimos.

La importancia de la declaración de Monroe no radica propiamente en el hecho que ella hubiera dado la independencia a los esta-

dos americanos, pues en su fecha esta independencia ya estaba consolidada en varios de ellos; su apoyo fue decisivo, para que Europa no pensara en luchar nuevamente por la readquisición de sus dominios sobre las colonias perdidas. Porque es muy probable que si no se hubiera producido esa declaración, estas repúblicas hubieran sido obligadas a luchar contra una coalición de poderes reaccionarios de la Santa Alianza, que hubiera ayudado a España a someter sus antiguas colonias. Rusia era francamente favorable; Francia también, lo mismo que el imperio de Austria. Sólo Inglaterra se oponía abiertamente a una expedición contra las repúblicas de la América Latina.

Empezó, pues, a producirse el fenómeno de la solidaridad de estos países del Nuevo Mundo, en la defensa de sus comunes intereses.

Los estadistas americanos habían estudiado la constitución de Filadelfia, y los principios de libertad y de democracia escritos en la constitución aprobada por los Estados Unidos fueron el objeto del estudio de la mayor parte de los hombres de estado, que pensaron desde entonces en la independencia de los países latinoamericanos. Es un hecho que los hombres más grandes de la revolución hispano-americana, tales como Bolívar, Miranda, Nariño, estuvieron familiarizados con los principios de esa constitución cuyo espíritu admiraban. Bolívar mismo había hecho en 1806, a la corta edad de 23 años, un largo viaje de observación y de estudio a los Estados Unidos, durante el cual visitó a Boston, New York y Washington y tuvo relaciones con los personajes más connotados de ese país; y los nombres de Washington, Hamilton, Madison, Adams, Franklin, Jefferson y Knox, Paine, etc., eran mirados en las colonias españolas de América como los grandes apóstoles de la libertad de los pueblos. Habría así un pensamiento sincronizado de la libertad, en toda la América, y Bolívar era su paladín.

Vistos estos principios no es difícil pensar en cuál fue el móvil cordial que tuvo Bolívar para sus campañas de la libertad, no para un pueblo solo, sino para toda la América: sabía que la libertad no era operante, si quedaba aún un pueblo sometido o si, como lo afirmó en alguna ocasión, había un solo hombre que no fuera libre. La reunión del Congreso de Panamá de 1826, obedeció a esas mismas ideas y tuvo un móvil especial en el consejo de Bolívar, como corroboración de sus ideas panamericanas. El panamericanismo así, no es otra cosa que la conciencia que tienen desde entonces las repúblicas americanas de formar una sola familia de naciones. De esta conciencia ha salido la idea de la solidaridad continental que es uno de los rasgos que diferencian al Nuevo Mundo y le dan una fisonomía particular.

Tiene por fin el panamericanismo afianzar los vínculos fraternos de estas naciones, para la mutua cooperación y para la defensa común de sus intereses, de la libertad y de la paz continentales.

Esta fórmula huelga en el pensamiento de Bolívar: casi que podría decirse que es ridículo entrar a demostrarla en un ambiente culturalmente pleno de amor a la patria: por la libertad hizo la independencia, derrochó sin reparos hasta sus propios haberes; pudo cometer errores administrativos cuando pensó que el presupuesto de las naciones recién nacidas a la libertad podía servir los intereses de los que estaban por nacer, pero ello corrobora su pensamiento sin fronteras ni

restricciones, y su concepción ecuménica de la libertad y de la paz. Por la paz hizo la guerra que lo llevó de triunfo en triunfo, izando la bandera de la gloria en las más altas cumbres de la cordillera de los Andes, desde donde nace, hasta donde mueren sus tres ramificaciones; apenas queda espacio en esta feliz geografía que no hubiera sido signado con esa consagración.

Y es que, señores, y ya pienso terminar para no abusar más de vuestra graciosa atención, la libertad y la paz son términos correlativos: la libertad, si por ella entendemos la capacidad para escoger entre dos o más bienes, es también en el orden social, la facultad moral de un pueblo para escoger, entre varios buenos modos de gobernarse, el que más le plazca y el que esté más acorde con sus intereses actuales, y ese punto es uno de los fundamentos sagrados de la soberanía nacional. Camilo Torres ya lo había expuesto en el célebre memorial de agravios. Esa facultad, que brota de la propia concepción del estado democrático, puesta en función y en operancia, es germen de la paz: así, en sucesión de conclusiones, podemos decir que el bien y la verdad son fuentes de la libertad, y la libertad a su turno es la semilla de la paz.

Bolívar es para nosotros el símbolo de la libertad y de la paz, en el goce tranquilo de los derechos primordiales que nos otorga la naturaleza humana y nos confirma la justicia: sus palabras siguen resonando con sonos de metales, en la boca de nuestros eximios gobernantes, para fundar en ellas la propia libertad y la paz; para que ellas sean razón de nuestra hermandad colombianista, con forma sustancial de patria; para que ellas sean invitación a la justicia, en sus operaciones distributivas que enseñan a repartir por igual las cargas y los beneficios comunes: en sus operaciones sociales, que enseñan el recto uso de los bienes para dar a cada cual lo que le corresponde en la riqueza que proviene por manera necesaria de la naturaleza, del capital y del trabajo, combinados en armonía creadora; en sus operaciones conmutativas que enseñan cómo debemos respetar los derechos de nuestro prójimo, para tener el goce de los propios.

Sobre nuestra vida y sobre nuestro corazón se iza de manera natural y constante el grito, atormentado en veces y en veces exultante de realidades patrióticas, de la invocación a Bolívar para que su numen histórico ampare para siempre nuestra libertad y nuestra paz.